

## ¿QUÉ ES HISTORIA SOCIAL? UN DIÁLOGO CON SERGIO GREZ TOSO [EDUARDO TÉLLEZ L.]

## WHAT IS SOCIAL HISTORY? A DIALOGUE WITH SERGIO GREZ TOSO [EDUARDO TÉLLEZ L.]

---

### Resumen

El miércoles 16 de octubre de 2013, el historiador chileno Sergio Grez Toso sostuvo un diálogo público ante estudiantes y profesores con Eduardo Téllez Lúgaro, académico y Director del Centro de Estudios Históricos de la Universidad Bernardo O'Higgins. En la ocasión, Grez se explayó sobre los principios y conceptualizaciones asociadas a la Historia Social. Asimismo, explicitó su posición respecto de las principales corrientes historiográficas de los siglos XIX y XX relacionadas con esta corriente. Además, comentó las proyecciones que tienen las nuevas generaciones de investigadores en este campo, quienes inician su trabajo intelectual en los albores del siglo XXI.

**Palabras clave:** *Sergio Grez Toso – Historiografía chilena– Historia Social - Entrevista*

### Abstract

Wednesday, October 16th of 2013, the Chilean historian Sergio Grez Toso dialogued with by Eduardo Téllez Lúgaro, academic and director of the Centro de Estudios Históricos of Universidad Bernardo O'Higgins. On occasion, Grez elaborated on the principles and concepts associated with social history. He also noted his position and interpretation regarding the main historiographical trends of the nineteenth and twentieth centuries, and comment on the projections of future generations of researchers, who begin their intellectual work in the twenty-first century.

**Key words:** *Sergio Grez Toso – Historiography chilean - Social History – Interview*

Con motivo de celebrarse el Día de la Carrera de Pedagogía en Historia y Geografía, perteneciente a la Facultad de Educación de la Universidad Bernardo O'Higgins, la dirección de dicha Escuela y el Centro de Estudios Históricos de esta misma casa de estudios, invitaron al connotado historiador chileno Sergio Grez Toso a la sesión de clausura de las actividades relacionadas con el connotado aniversario. En la oportunidad, el profesor Grez dio cuenta de sus amplios conocimientos y experiencia en investigación, teoría de la historia e historia de la historiografía. Fundamentalmente, abundó en los principios y conceptos asociados a la Historia Social, rama de la disciplina histórica en la cual ha concentrado sus esfuerzos de investigación. Por otra parte, señaló su posición e interpretación respecto de las principales corrientes historiográficas de los siglos XIX y XX, además de comentar las proyecciones de las nuevas generaciones de investigadores del pasado que inician su trabajo intelectual en los albores del siglo XXI.

La dilatada trayectoria y obra del profesor Grez es ampliamente conocida. Su formación académica en Historia la hizo en Francia. Se licenció en 1980 en la Université Paris VIII. Su maestría la obtuvo en la misma universidad en 1982. Alcanzó el grado de Doctor en el École des Hautes Études en Sciences Sociales de Paris en 1990. Entre sus principales libros, deben recordarse dos obras que ya se consideran clásicas, *La "cuestión social" en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)* (1995) y *De la "regeneración del pueblo" a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1910)* (1998), a las cuales han seguido otras muchas en esta línea de trabajo<sup>1</sup>. Asimismo, ha encabezado múltiples proyectos del Fondo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico (FONDECYT) del Gobierno de Chile y cuenta con numerosos artículos en revistas de divulgación científica chilenas y extranjeras. Además se desempeñó como Director del Museo Benjamín Vicuña Mackenna dependiente de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos (DIBAM). Actualmente es profesor del Departamento de Ciencias Históricas de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile.

<sup>1</sup> Sergio Grez Toso, *La "cuestión social" en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)*, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Santiago, 1995; *De la "regeneración del pueblo" a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1910)*, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Santiago, 1998. La profusa producción de artículos generada por Grez en diversos tiempos habla claramente de sus preocupaciones temáticas, v.gr.: "La trayectoria histórica del mutualismo en Chile (1853-1990). Apuntes para su estudio", *Mapocho* 35, primer semestre de 1994, págs. 293-315; "Los artesanos chilenos del siglo XIX: un proyecto modernizador-democratizador", *Proposiciones* 24, agosto de 1994, págs. 230-235; "El liberalismo popular: características y rol en la constitución del movimiento popular en el Chile decimonónico", *Revista Chilena de Historia y Geografía* 163, 1997, págs. 201-232; "La reivindicación proteccionista artesanal y la constitución del movimiento popular (Chile, 1826-1885)", *Historia Social*, 31, 1998, págs. 89-99; "Historiografía, memoria y política. Observaciones para un debate", *Cuadernos de Historia* 24, 2005, págs. 107-121; "¿Autonomía o escudo protector? El movimiento obrero y popular y los mecanismos de conciliación y arbitraje (Chile, 1900-1924)", *Historia* 35, 2002, págs. 91-150; "Masonería y movimiento popular en Chile: el caso de las escuelas de artesanos en el siglo XIX", *Revista Occidente* 375, 2000, págs. 6-10; "El Partido Democrático de Chile: de la guerra civil a la Alianza Liberal (1891-1899)", *Historia* 46, enero-junio 2013, págs. 39-87.

La presentación de S. Grez, bajo el formato de entrevista, se realizó el miércoles 16 de octubre de 2013, y fue conducida por el profesor Eduardo Téllez Lúgaro, Director del Centro de Estudios Históricos de la Universidad Bernardo O'Higgins.

Vista la trascendencia del trabajo del profesor Grez en el ámbito de la ciencia histórica chilena y su importante aporte al debate historiográfico, sumada a la jerarquía de los conceptos vertidos sobre nuestro pasado sociológico, transcribimos íntegramente el diálogo-entrevista de citas. No cabe duda que estas reflexiones son de interés para investigadores, profesores y estudiantes. Pensando en ello, las ponemos a disposición de la comunidad académica en las páginas de *Tradición y Saber*.

Consejo de Redacción *Tradición y Saber*.

### Entrevista pública a Sergio Grez Toso\*

**Eduardo Téllez: ¿Cuál es el valor agregado de la historia social respecto a la historiografía historizante?**

*Sergio Grez:* Bueno, buenas tardes. En primer lugar quiero agradecer a la Facultad de Educación, más particularmente a Eduardo Téllez, que fue, me imagino, el autor de la idea, o por lo menos el intermediario de haberme invitado a exponer con ustedes con motivo de este aniversario. Es la primera vez que estoy en esta Universidad y por lo tanto es para mí una ocasión significativa.

Antes de responder directamente la pregunta que me formula Eduardo, creo es necesario hacer un brevísimo recorrido por lo que ha sido la génesis o la evolución de esta rama de la historiografía que conocemos como Historia Social. No siempre existió la historia social. Existía la Historia como disciplina del conocimiento que fue poco a poco desde fines del siglo XVIII, y sobre todo a lo largo del siglo XIX, adquiriendo una fisonomía propia, recientemente diferenciada de otras disciplinas de la literatura en particular. Lo que hoy día entendemos como historia en general, e historia social más en particular, fue producto de una evolución histórica.

Durante el siglo XIX, esto es cuando la historia avanzaba rápidamente a convertirse en una disciplina con aspiraciones a ser científica, con un campo bien definido, con objetos de estudio delimitados, con metodologías propias, prevalecía una concepción de la historia conocida bajo el nombre de *historia historicista*. Esto

\* La transcripción de la entrevista estuvo a cargo de los estudiantes del Programa de Pedagogía en Historia y Geografía de la Universidad Bernardo O'Higgins, señores Nelson Castañeda V. y Vittorio Sarno H., a quienes se agradece la colaboración.

es: la de una disciplina cuyo objetivo era restituir los hechos históricos tal como ellos habían acontecido; esa era, al menos, la pretensión de los historiadores de la llamada *escuela historicista*, en particular la alemana. Leopold von Ranke y otras figuras son los emblemas de esta corriente, que a menudo se confunde con la positivista.

En el sentido estricto, yo creo que no hay historiografía positivista. Por provocador que pueda significar realizar esta afirmación, lo que comúnmente es designado como *historia positivista* es más bien la *historia historicista* del siglo XIX. No contenía pretensiones de sentar ninguna gran teoría, tampoco ninguna gran matriz interpretativa, sino que su dimensión era –más modesta y acotada a la vez– simplemente la de restituir los hechos del pasado en pleno, tal como aparentemente ellos habían ocurrido, pero sin sentar las bases de una matriz interpretativa modal, que sí es la pretensión del positivismo. A lo largo del siglo XIX se va a ir desarrollando en el seno de la disciplina histórica una serie de postulados o posicionamientos que van a ir delimitando una crítica a esta concepción tradicional de la historia que centraba su objeto de estudio en los hechos concretos, pero, por sobre todos, los protagonizados por los grandes hombres, y en particular por los de las clases dirigentes, hechos que al mismo tiempo eran esencialmente de carácter político, militar o diplomático. Rara vez esta historiografía se preocupa de las cuestiones culturales de los fenómenos sociales, de los grupos humanos, de las clases, de los grandes conglomerados; su atención estaba puesta en los individuos, generalmente de las clases dirigentes, y, repito, en los hechos políticos diplomáticos y militares.

Era una historiografía que ignoraba una serie de fenómenos que estaban conmoviendo a la sociedad decimonónica europea. Me estoy refiriendo fundamentalmente a las grandes transformaciones que implicaba la Revolución Industrial, las cuales no eran solamente de tipo económico, sino que a la par acarreaban consecuencias político-ideológicas, cultural-urbanísticas o demográficas, y que esta historiografía tendía a ignorar por el sesgo, por la orientación que ya hemos descrito. Desde las propias filas podríamos decir de la disciplina historiográfica, empezaron a emerger voces críticas o posturas que reivindicaban otro tipo de historia, una que diera cuenta de fenómenos nuevos, como son los generados por la Revolución Industrial. Y más particularmente, que diera cuenta de lo social como una dimensión de la vida de los seres humanos en sociedad, distinta e ignorada hasta entonces por la historiografía tradicional; una esfera distinta a la política que era donde la historiografía ponía de manera casi exclusivo el foco de atención. Todo ello a través de una serie de postulados y rupturas que sería muy largo de enumerar. Por ejemplo, los aportes de Jean Jacques *Rousseau*, *Voltaire* y Jules Michelet, historiador francés, y los provenientes del estudio de los sectores populares, del bajo pueblo, de la revolución francesa y los aportes del directorio popular británico. Desde distintos campos empiezan a formularse proposiciones de una historia más inclusiva, más comunicativa y comprensiva, la cual toma en cuenta estos cambios ocurridos en las sociedades de ese tiempo.

Al mismo tiempo que se desarrollaba la crítica a la historiografía tradicional desde las filas de los propios historiadores, también surgían críticas de disciplinas vecinas, especialmente de la naciente sociología, respecto del carácter limitado que tenían los estudios históricos y su escasa posibilidad para dar cuenta de estos fenómenos nuevos. De tal manera, a comienzos del siglo XX podíamos decir que ya había bastante material crítico acumulado en distintos centros de producción historiográfica: en Francia, Inglaterra, Estados Unidos; menos en Alemania, por los dominios que tenía el historicismo.

En el año 1929 se funda esta famosa revista de los *Annales* en Francia, considerada como un hito altamente simbólico en la evolución de la disciplina historiográfica y como un punto de partida de una nueva historia: económica y social. En realidad, lo que representa esta fecha no es más que un acontecimiento emblemático que reúne una serie de acumulaciones de formulaciones críticas, de evoluciones y de reflexiones procedentes de centros de producción intelectual muy distintos, y que van a ser atesorados a lo largo de varias décadas y sintetizados por los fundadores de la escuela de los *Annales*, fundamentalmente por Marc Bloch y Lucien Febvre.

Nace entonces esta nueva historia, que se define a sí misma como una historia esencialmente económica y social, con varias características que la diferencian de la historiografía tradicional, predominante hasta comienzos del siglo XX. Una de esas características es poner, como lo dice su nombre, su propia definición, el énfasis de la observación en los fenómenos económicos y sociales. Esto es, en los mismos que habían sido desdeñados por la historiografía tradicional; o sea, esa serie de fenómenos que para la historiografía tradicional no constituían hechos históricos por no ser, como pensaban, hechos únicos e irrepetibles. El hecho histórico por definición para la historiografía tradicional es el acontecimiento singular, único e irrepetible; por tanto, desarrollos tales como el de las migraciones y otros que se realizaban a escala masiva, los cuales no eran hechos conscientes –puesto que muchos de ellos eran hechos repetitivos, monótonos, inconscientes, y automáticos– no estaban considerados como históricos. La nueva historia, en cambio, sí los considera, y deja de centrar su preocupación en los meros hechos políticos, interesándose en otros campos de la actividad humana, como la economía, lo social, la actividad cultural y otras varias hasta el momento despreciadas. Una característica de esta nueva historia, que se define como económica y social, es derribar los muros que separan los jardines de la historia de los de la sociología y, más tarde, del de la ciencia política, la antropología y la psicología. Esto es, beneficiarse de otras ramas de las ciencias sociales y de las humanidades en provecho de la historia. Practicar lo que hoy día, en un lenguaje común, es la multidisciplinariedad o pluridisciplinariedad, materializada en la colaboración entre distintas disciplinas de las ciencias sociales y humanidades.

¿Qué es entonces la historia social? Hasta el día de hoy subsiste la ambigüedad. El término es usado con bastante desenvoltura y existen ideas que circulan dentro de la propia comunidad de historiadores, de profesores y de estudiantes, es decir, de un público ilustrado. Pero son ideas bastante vagas y apuntadas muchas veces a conceptos distintos. Hay distintas nociones de lo que es historia social. Yo diría, *grosso modo*, que podemos agrupar estas concepciones en dos campos o sentidos. Uno es entender la historia social como una historia de campos específicos, es decir, la rama de la historiografía que se encarga de estudiar los grandes conjuntos: las clases, los grupos sociales, las categorías socio-profesionales. De esa manera, existiría una historia social del mismo modo que existe una historia económica, demográfica, de las mentalidades, de la política, etc.

En contradicción con ésta, existe otra idea que fue, por lo demás, la de los padres fundadores de esta nueva historia, simbolizada por la escuela de los *Annales*. Y esta conceptualización no es otra que plantear que no existe en sentido estricto la historia social (esto lo decían Marc Bloch y Lucien Febvre entre otros), sino la historia sin más, porque toda historia es por definición social. Entonces tenemos la opción de escoger con cuál de estas definiciones nos quedamos.

Si toda historia es por definición social, ¿acaso la historia social tiene una propuesta distinta frente a un problema u objeto de estudio, a las fuentes para estudiarlo y a la metodología adecuada? La respuesta sería no. Porque la historia es toda, por definición, social; por tanto la historia social no sería un área de estudios. Sin embargo, si aceptamos la otra alternativa, la de entender la historia social como el estudio de campos específicos, probablemente la respuesta sea un poco más matizada.

De paso, haciendo un paréntesis, quiero aclarar una confusión que, a mí parecer, ocurre a menudo en el ambiente historiográfico chileno, en particular entre los estudiantes –pero esto es aplicable a cualquier comunidad historiográfica–: la historia social no estudia solo a los sectores populares. Como campo específico de estudio historiográfico analiza los conglomerados sociales, las grandes asociaciones humanas, las clases sociales, los grupos sociales y las agrupaciones socio-profesionales. Puede estudiar a los sectores populares, pero puede estudiar a la aristocracia de la época previa a la Revolución Francesa, o puede estudiar a la burguesía de los siglos XIX y XX, o puede estudiar al campesinado de la Edad Media, a los artesanos, a la burguesía comerciante en los tiempos modernos. Porque la historia social es el examen de los grandes conglomerados humanos. Aun cuando los más grandes conglomerados a lo largo de toda la historia sean los sectores populares, no son exclusivamente ellos. Existen trabajos sobre la clase dirigente que también son estudios sobre historia social.

De modo que respecto de si la historia social tiene una propuesta distinta, creo que en lo más esencial no puede tenerla, porque se saldría del marco de la disciplina histórica, y ésta se define por un problema y objeto de estudio, fuentes para estu-

diarla y una metodología adecuada. De no ocurrir, no es aún disciplina científica; o no es una rama que tenga la pretensión de ser científica. Yo diría que solo cambian las metodologías en función del problema estudiado. Porque evidentemente no es lo mismo estudiar las dirigencias del movimiento de un determinado país o región, pues en ese caso utilizaremos, entre otros, el método prosopográfico. Es decir, la utilización de las biografías colectivas para hacer seguimiento de esas dirigencias en una o más generaciones. Creo que si algo diferencia a la historia social, entendida como el estudio de campos específicos, es más bien un estado de espíritu. Este énfasis en lo social, en lo colectivo, en los fenómenos que atañen a los grandes grupos humanos.

*Eduardo Téllez:* **En relación a lo anterior surge un tema adicional, no obstante lo dicho. Es una percepción mía; un énfasis, en el fondo, en tu clase de escritura. Desde mi perspectiva, tu construcción final tiene mucho de constructivista –o, mejor, reconstructiva– en el sentido de que se edifica gradualmente a partir, pudiéramos afirmar, de la *documentalidad*. En mucha medida, se distingue en ella un gran respeto por la empírea, al uso y apego recurrente a las fuentes, en cuanto a la formulación de hipótesis y al registro de evidencias que permitan validarlas. Veo una cierta historia social –como se la define a veces en alguna clase de artículos– que, por el contrario, opera mucho desde hipótesis atadas al método meramente deductivo y, no pocas veces, con respuestas incorporadas *a priori* sobre las cuestiones fundamentales. Es decir, un esquema expositivo donde los hechos están incluidos *ab initio* en un formato previamente armado a fin de que “calcen” con el supuesto que, presuntivamente, se pretende demostrar. En un contexto semejante, el historiador ya sabe por anticipado lo que “busca” probar. La investigación está allí únicamente para confirmar al investigador. Apenas para ratificar una creencia que se da por cierta desde el comienzo. Advierto una diferencia apreciable entre ese arquetipo apriorístico y tu trabajo; en especial, en dos estudios que son indudablemente monumentales, en el estricto sentido de la palabra, *De la regeneración del pueblo a la huelga general* y *La cuestión social en Chile*; dos construcciones, en términos de trabajo y crítica de fuentes, muy corpulentos. Y no obstante lo indicado en tu respuesta a la pregunta anterior, percibo una especie de sintonía con algunos presupuestos laborales de los historiadores chilenos clásicos. Un espíritu que evoca mucho en realidad la senda trazada por los padres fundadores de la historiografía chilena, especialmente Barros Arana.**

*Sergio Grez:* ¿Será por qué trabajé en el Centro de Investigación Diego Barros Arana?

*Eduardo Téllez:* **¿A lo mejor puede ser por ósmosis?**

*Sergio Grez:* Estaba el busto de don Diego brindándome todo el saber.

*Eduardo Téllez:* Y eso, digamos, impregna. En ese orden, recordaba, el debate historiográfico entre José Victorino Lastarria y Andrés Bello. En el fondo, Lastarria no participa en el mismo, sino que fue metido en el intrínquilis por Jacinto Chacón. Todo esto con relación al asunto de cómo escribir la historia. Creo que Bello habría pensado que la escritura tuya, la forma de cimentar la historia narrada, estaría más cerca de su posición. Tal vez resulte paradójico, en ese solo sentido, imaginar lúdicamente que Bello pudiera verlo así. Pero si uno mira la fábrica de esas dos obras –y otras– aprecia este rasgo tan decimonónico; y no digo con eso que sea algo arcaico, reprensible ni mucho menos. Así, de la edificación final emerge una pirámide compacta, sostenida por hipótesis confirmadas por los “hechos” y por conclusiones dotadas, por la misma razón, de fuerte poder probatorio. La pregunta apunta a esta constante fuertemente anclada en el dato positivo, aunque sin ser por ello positivista, de tu producción; distante, por consiguiente, de otra corriente de la historia social –como la entiende uno desde afuera– más proclive a la demostración discursiva. Historiadores hay, incluidos algunos abocados a la historia social –aunque no faltan individualidades que se dedican a la historia política– con marcada inclinación por esta línea, que da derecho a fuero a la expresión fundamentalmente ensayística, al uso acríico de los modelos especulativos y a los enfoques desligados de un fuerte trabajo *a posteriori* con fuentes. Veo allí un contraste marcado con respecto a tu método. No sé si éste ha logrado crear una tendencia en Chile. Pero, por lo menos, tiene una característica *macicez*, una musculatura aportada por la evidencia documental en la que reposa. En esta senda, textos dados a la monumentalidad como *La “cuestión social” en Chile*, recuerdan en algunos aspectos el estilo expositivo, aunque siempre narrativo, practicado por Barros Arana en *Un decenio de la historia de Chile*<sup>2</sup>; por ejemplo, cuando reconstruye el periodo de Bulnes ¿Mí percepción es equivocada?

*Sergio Grez:* Tú haces el contraste de entre mi obra y otros exponentes de la llamada historiografía social chilena; yo creo que si ese contraste existe no es tan marcado. También depende de con quién, con qué exponente se hace la comparación. Hay algunos colegas que tienen más marcadamente la tendencia hacia el vuelo ensayístico. Y otros que, como yo, sin desechar la teoría, sin renunciar a la gran interpretación, puesto que ese es nuestro objetivo en definitiva, marchan más pausadamente, paso a paso, según lo que las fuentes nos están entregando en evidencias históricas. Mi opción es la de una historia documentada, cuyas aseveraciones sean posibles de verificar a través de las fuentes señaladas. Y esto, insisto, no está en contradicción ni con tener un adecuado y buen marco teórico, ni con un vuelo interpretativo. Voy a dar un ejemplo. Mario Góngora, a juicio unánime uno de los más grandes historiadores chilenos del siglo XX, escribió su famoso ensayo sobre la noción de Estado en

<sup>2</sup> [N. del E.] Diego Barros Arana, *Un decenio de la historia de Chile*. 1841 – 1851, 2 Tomos, Imprenta y Encuadernación Universitaria, Santiago, 1905 – 1906.

Chile,<sup>3</sup> prácticamente hacia el final de su vida y de su carrera, luego de vastas investigaciones de décadas, las cuales le permitieron tener la experiencia, la sabiduría, el conocimiento como para lanzar esta gran interpretación.

Uno podrá estar de acuerdo o no con la interpretación de Góngora que es, si puede ser dicho en una frase: “El Estado es el que crea la nación”. Pero no se puede negar que esa obra es un ensayo de alto vuelo teórico, y ha tenido, evidentemente, una trascendencia, un impacto en nuestra historiografía que ha sido muy grande. Pero eso el maestro Góngora lo ha hecho al final de su vida. Lo hizo luego de quemarse las pestañas en los archivos él y muchos de sus ayudantes, algunos de los cuales después fueron connotados historiadores. Es decir, a través de un trabajo empírico muy sostenido y muy profundo, que en definitiva le dio los quilates suficientes como para lanzarse en un vuelo tan arriesgado; y a mí me sorprende que haya historiadores que no habiendo hecho ni la quinta parte de ese trabajo de archivo, o de esa investigación documentada, muchas veces lanzan osadas interpretaciones acerca de los fenómenos históricos, que puede hasta llegar a tener buena prensa, porque son provocadoras, aparecen como sugerentes, geniales, porque marchan de acuerdo con lo que cierto sector de la opinión pública ilustrada quiere escuchar en algún momento de la historia. Pero esas interpretaciones por lo general se las suele llevar el viento, duran un tiempo... y lo que permanece son las grandes obras clásicas. Yo creo que esta historia netamente ensayística, si se lleva al extremo, tiende a difuminar o diluir las fronteras de la disciplina y a confundirlas con las de otras disciplinas.

***Eduardo Téllez: Te traigo de vuelta a algo que planteaste hace un instante. Aludo a lo popular, que aparece como el núcleo duro, un núcleo denso digamos, de la reflexión y del trabajo investigativo que propicias. ¿Cómo podría definirse este concepto que es tan rico en variantes y connotaciones, desde tu perspectiva y de tu experiencia? Dicho en breve ¿qué es lo “popular”?***

*Sergio Grez:* Este es un concepto bastante elástico, no existe una definición dura, objetiva, tangible que nosotros podamos tomar y utilizar para determinar qué es lo que cae dentro de la definición de *lo popular* y qué no. Aquí hay dos criterios: uno que podríamos llamar objetivo y otro que podríamos denominar subjetivo. El primero es el lugar que determinado grupo de hombres y mujeres ocupa en un sistema social determinado, el rol que ellos desempeñan y el lugar en que están situados en la escala social. Dicho de otra manera, tomando por ejemplo el enfoque del marxismo llamado clásico, el lugar que ocupan en determinadas relaciones de producción. Se trata de un razonamiento más o menos objetivo, pero simplificando al extremo el análisis de las sociedades burguesas contemporáneas de signo capitalista. Se dice, se es proletario o burgués, en función de si se poseen medio de producción o si se

<sup>3</sup> [N. del E.] Mario Góngora, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile*, Ediciones La Ciudad, Santiago, 1981.

subsiste solamente gracias a la venta de la fuerza de trabajo, reconociendo que hay una serie de categorías sociales intermedias. Ahí tendríamos un criterio, entre comillas, objetivo. Pero si bien ese criterio me parece justo, es altamente insuficiente respecto a las clases sociales; y aquí estamos con un problema mayor, porque estamos definiendo una clase social dentro de un conglomerado mucho más heterogéneo como lo serían los sectores populares. Es decir, heterogeneidad de clases o de tipos sociales. Se necesitan de otros elementos a ser considerados para poder clasificar a determinado grupo humano como parte de estos sectores populares o como parte de lo popular. Ahí entramos en un campo que es más subjetivo, el campo de la cultura e, incluso, el campo de la política. Hay un famoso artículo del historiador trasandino Luis Alberto Romero sobre sus grupos populares como...

*Eduardo Téllez: ¿A los de Chile incluso... creo?*

*Sergio Grez:* Sí, sí, sí, en general, Romero ha hecho estudios muy importantes de historia social y política argentina, pero también de historia social chilena. La conceptualización que él hace es válida no solamente en Chile y Argentina, sino que en muchos otros lugares. En primer lugar, dice Romero, los sectores populares no  *fueron ni son*. Al igual que los otros sujetos históricos, están *siendo* o estuvieron *siendo*. Nos da la idea de movimiento, de mutación; entonces estamos ante un objeto de estudio cambiante como todo sujeto histórico, que tiene fronteras elásticas difíciles de definir de manera objetiva, rígida, fija. No estamos estudiando una clase social en particular, sino que un conglomerado heterogéneo. Así entiendo de manera práctica la realización de mis estudios. Me ha tocado hacerlo hasta ahora con los sectores populares en el siglo XIX y en el primer tercio del siglo XX.

Para mí, los sectores populares son todos aquellos que están colocados bajo la dominación de las clases dirigentes. Vale decir, en gran medida están definidos por la contradicción con un otro, que es la aristocracia, en el momento de la Independencia de Chile y gran parte del siglo XIX. Esta oligarquía aristocrático-burguesa ya a fines del XIX y comienzos del siglo XX, una vez que se ha producido la fusión entre los restos de la antigua aristocracia de origen colonial y de la burguesía propiamente tal que surge del desarrollo del capitalismo, sobre todo a partir de la década de 1860, y más marcadamente en 1880. Y ya en el siglo XX, la burguesía o clase capitalista.

Los sectores subordinados sometidos a la hegemonía de estas clases dominantes son el campo donde potencialmente se constituyen los sectores populares, y digo potencialmente porque, siguiendo a Romero, no basta el criterio entre comillas objetivo, es decir el lugar que estos individuos ocupan en el modo y relaciones de producción capitalista; también hay que definirlos en función de la cultura y de sus ingresos. Eso tiene relación con el primer criterio; y también en función del posicionamiento político. De tal manera, dice Romero, hay sectores que en un determinado contexto son dudosos. Por ejemplo, las capas medias o el lumpen, ¿son parte de los sectores populares? Cómo decidimos si los incluimos o los excluimos. Romero pro-

pone que incorporemos a dos de los factores objetivos: el posicionamiento político—de qué lado están en un determinado momento histórico en el conflicto político— y el posicionamiento social. Dependiendo de qué lado estén los incluiremos o no como parte del campo de lo popular. En definitiva, lo popular históricamente en Chile ha sido definido ya no por mí solamente, sino que por muchos autores, como la mayoría de la nación: los sectores postergados, los sometidos a la dominación de las clases dirigentes, y que además comparten por regla general la experiencia de la pobreza. Esos son parte de la historiografía social en Chile.

*Eduardo Téllez: Ahora bien, en esa línea, la categoría de sujeto, en tanto foco de atención de la historia social, ¿pudiese ser más decidora que la de clase social?*

*Sergio Grez:* Yo creo que no son excluyentes. Yo no renuncio a la categoría de clase, porque es una condición, podríamos decir dura, que nos da ciertas seguridades. Podemos distinguir a la mayoría de las sociedades contemporáneas o a una burguesía que es distinta al proletariado, y a éste que es distinto de la clase campesina, que a su vez es distinta de la clase o grupo de los intelectuales o de los pequeños proletarios, etc. Ahí tenemos clases sociales que son distintas.

Pero en mi experiencia de investigación, la clase social me ha sido insuficiente. No quiero decir con esto que la desecho; es cuestión de leer lo que yo he escrito y se verá que el concepto de clase lo utilizo muy a menudo. Por ejemplo, les voy a contar lo que me pasó investigando el movimiento popular del siglo XIX. Evidentemente yo no podía escribir una historia del movimiento de los trabajadores sin la clase obrera. Sin embargo, constaté que había corrientes populares, había movimientos inorgánicos espontáneos, *rebeldes primitivos* como diría Eric Hobsbawm. Pero también había movimiento popular organizado fundamentalmente en torno a los artesanos, las mutuales, las cooperativas, las cajas de ahorro, sociedades filarmónicas de obreros, escuelas nocturnas de artesanos; asimismo, había participación política del artesano urbano y de los obreros más calificados. Fui descubriendo que todo eso constituye un movimiento popular, el cual incluía al obrero, y en la medida que pasaba el siglo aparecían cada vez más trabajadores, incluso industriales. Con todo, era mucho más amplio y heterogéneo que lo estrictamente obrero. Tuve que acuñar un concepto que me sirviera para interpretar y dar cuenta de esta realidad, bastante más laxa y amplia que la clase obrera o el movimiento obrero. Así propuse la idea de *movimiento popular*, que me sirviera para dar cuenta de esta realidad. Con eso estoy recalando una idea planteada anteriormente: “Son los hechos los que mandan”.

Si yo me hubiera aferrado de manera dogmática al concepto de movimiento obrero, no habría podido dar cuenta de la existencia de un movimiento popular con sello más artesanal que proletario propiamente tal; pero que va a ir sufriendo transformaciones, y a fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX va a mutar, va a cambiar al punto de convertirse en un nuevo movimiento, más obrero que estrictamente

artesanal. Aquello constituye una llamada de atención respecto de la flexibilidad intelectual que debe tenerse al aproximarse a nuestro objeto de investigación. No debemos aferrarnos a una teoría por buena que ella nos parezca. A veces esa teoría estuvo construida para estudiar otras realidades sociales y es preciso, lícito y necesario tomar la postura que nos parezca válida, formulando nuestros propios instrumentos. Creo que no hay que temer hacerlo; reitero, nosotros tenemos lo propio del método histórico que es el estudio de hechos concretos de la realidad y no la sacralización de determinados conceptos teóricos o matrices interpretativas construidos para estudiar otros fenómenos, otras realidades y que, tal vez, no calzan necesariamente con las realidades que nosotros estamos observando en una investigación precisa.

Entonces rescato el concepto de la clase y también el de sectores populares y el de sujetos sociales, porque tú me hablabas de los sujetos sociales. Yo tomo bastante distancia de algunas formulaciones que en nuestra historiografía social hablan del sujeto popular, el cual me suena a un arquetipo ideal, algo que tiene una connotación bastante idealista, como si existiera un modelo. Y eso no es más que una construcción teórica, ideológica diría yo. Creo que es más acertado pensar el concepto de sujetos históricos, que pueden ser o no populares, ser individuales o colectivos, y tienen conciencia de sí. Pero nuestra historia no son solo los sectores populares, como cierta lectura de la historiografía social o de la nueva historia social popular pudiera hacernos creer. Qué duda podemos tener respecto de que la aristocracia criolla durante la Independencia, cuando se echaron las bases para la construcción del Estado nacional, era sujeto histórico de pleno derecho. Era el sujeto histórico por excelencia en ese momento de nuestra historia. Qué duda podemos tener que la juventud militar, por ejemplo, de los años veinte, aquella reformista encabezada por Carlos Ibáñez del Campo, Marmaduke Grove, el capitán Villagra y tantos otros, eran un sujeto histórico. Qué duda nos cabe de que el movimiento obrero desde fines del XIX y a lo largo de casi todo el siglo XX, fue un sujeto histórico de gran trascendencia en la historia de Chile. Qué duda nos podría haber hoy, en nuestros días, que el movimiento estudiantil chileno es un sujeto histórico. Entonces entre un arquetipo altamente idealizado de sujeto popular, portador de todas las virtudes, yo prefiero optar, contrariamente a lo que pudiera creerse por sesgo o por el tipo de investigaciones que realizo, por el concepto de sujetos históricos, los cuales son variables y tienen características distintas según sus orígenes sociales, según sus orientaciones ideológicas, según los tiempos históricos.

***Eduardo Téllez:* Rescato, ya la última parte, una pregunta un tanto compleja. ¿Está en crisis la continuidad generacional dentro de la historiografía social chilena? No pretendo que la pregunta conlleve, necesariamente, que sea así. Aludo más bien a fragmentos de discusiones, aseveraciones formuladas al pasar en algunos escritos; incluso a ti creo haberte leído algo en relación con ello.**

*Sergio Grez:* Sí, a ver... habría que retrotraer un poco la historia. Como sabemos, el presente se explica por el pasado. Así, en pinceladas gruesas podríamos decir que

la historia social en Chile nace a mediados del siglo XX, más menos. Probablemente el propulsor, o uno de los propulsores, fue Julio César Jobet, con su famoso ensayo sobre desarrollo económico, político y social de Chile<sup>4</sup>; pero, de haber, ha habido distintas generaciones, podríamos decir, de historia social chilena. Hay dos claramente definidas, y algunos hablan de una tercera generación. La primera sería la de la década de los años 50, 60 y 70, muy marcada por el estructuralismo, tanto por el estructuralismo marxista, y ahí se inscriben historiadores como Hernán Ramírez Necochea, Marcelo Segall, el propio Julio César Jobet, y más tardíamente Luis Vitale, como por el estructuralismo academicista, con historiadores como Mario Góngora, Rolando Mellafe, Sergio Villalobos, por citar algunos. Ambos sectores, marxistas y academicistas, coincidían, por lo menos durante ese periodo; puede que algunos hayan tenido alguna evolución posteriormente hacia el peso de las estructuras, hacia su carácter determinante en la evolución de las sociedades. Por tanto, la historia que ellos escribieron fue muy acorde con lo que estábamos viendo fundamentalmente en Francia en aquella época, que es el periodo de la segunda generación de los *Annales*. Esa generación cuya cabeza de fila fue Fernand Braudel. Una historia que tendía a prescindir de los actores entendidos como sujetos de carne y hueso, de los hombres y mujeres que hacen cotidianamente la historia, en cuanto el estudio estaba focalizado en instituciones, como el inquilinaje, la encomienda, las clases sociales, el estudio de los precios, la constitución de la propiedad agraria. Por ahí me estoy saliendo un poco de la historia social para entrar en la historia económica. Por la década de 1980 empieza a emerger de manera dispersa una nueva generación de historiadores sociales, la que ha sido considerada o denominada la *Nueva Historia*, cuyo centro de estudio principal va a estar puesto en los trabajadores e historia del movimiento popular y los sectores populares. Además, tiene como característica la ruptura respecto de la anterior generación de historiadores sociales, que intenta rescatar el rol, el papel, de los individuos en la historia. Entonces emerge una historia con personas de carne y hueso, sin olvidar el estudio de las estructuras y los fenómenos colectivos. Es por eso que sigue siendo historia social la que reincorpora el relato y el rol de los hombres y mujeres, incluso los más anónimos, comunes y corrientes. Pero pareciera ser que las nuevas generaciones de historiadores sociales que han surgido en los últimos veinte años, es decir, de aquellos que se formaron a partir de inicios y, sobre todo, desde mediados de la década de 1990, tienen otros focos de interés. O, por lo menos, algunos de estos jóvenes historiadores han manifestado de manera, yo diría, más implícita que explícita, un cierto cuestionamiento o una cierta ruptura con el *locus* político de la anterior generación, de la mía, la de los 80, aunque yo soy una especie de huacho, porque cuando me formé estaba en Francia; no estaba en contacto ni con la gente que estaba formando Nueva Historia en Londres ni con quienes se encontraban haciendo experiencias distintas acá en Chile. Estaba bastante aislado y mi formación casi fue una especie de *self made man*, o sea, de autoformación, tomando de la uni-

<sup>4</sup> [N. del E.] Julio César Jobet, *Ensayo crítico del desarrollo económico social de Chile*, Editorial Universitaria, Santiago, 1951.

versidad francesa lo que me parecía más interesante que nos podía dar. No estuve en una corriente organizada, sino que coincidí con esto al retorno a Chile, puesto que nuestra perspectiva de análisis, nuestros objetos de estudio, eran, en muchos campos, bastante parecidos. Entonces digo que el punto común de esta generación es un interés por descifrar el devenir político de Chile y las características de un proyecto político basado en los sectores populares. En cambio, estas nuevas generaciones, al menos algunos, más que investigar a las personas en clave de dominación, esto es: como trabajadores, explotados o dominados, han intentado rescatar a través de sus estudios otras dimensiones de lo social, por ejemplo: el alcoholismo, la prostitución, la vida carcelaria, la locura, las relaciones de géneros, la cultura, la infancia, las percepciones sobre el cuerpo. Una historia desde espacios menos visibles de la estructura social, más anclada probablemente en las subjetividades. Yo diría generaciones más influenciadas por el postmodernismo.

En otros países se habla de crisis de la historia social, referida a las inseguridades que genera entre los historiadores la apertura de nuestra disciplina a otros y a nuevos paradigmas. La vacilación o el rechazo que generan entre algunos historiadores fenómenos como el giro lingüístico, el antropológico, el retorno de la narrativa. No sé si es el caso de Chile, porque no lo he seguido. Debe tener un estudio mucho mayor. Por ejemplo, de las tesis que se están realizando, si en aquellas a las que uno tiene acceso directo esté ocurriendo algo de eso. Yo creo que hay una especie de difuminación de los estudios de historia social a ciertos campos que acabo de mostrar, los que son, al menos de apariencia, menos directamente políticos que aquellos que hemos abordado quienes somos frecuentemente encasillados como integrantes de la segunda generación de historiadores sociales.

Ahora, esta supuesta tercera generación no sé qué es lo que va a dar. Aun es demasiado temprano como para saberlo, salvo alguna iniciativa por ahí, muy aislada, unos cuántos años atrás, de la publicación de un libro del llamado “Colectivo de oficios varios”<sup>5</sup>, que son todos jóvenes historiadores, que ya están por los cuarenta años, por lo demás, egresados del Instituto de Historia de la Universidad Católica. Lo que prevalece en esta nueva hornada de historiadores es más bien la dispersión. No solo en los temas, sino que también en la carencia de iniciativas aglutinadoras que nos permitan hablar o referirnos a ellos con toda propiedad como una tercera generación más o menos estructurada como fue la que existió... no sé si existe aún en el caso de nuestra propia generación.

Muchas gracias.

<sup>5</sup> [N. del E.] Colectivo de Oficios Varios, *Arriba quemando el sol. Estudios de historia social chilena: experiencias populares de trabajo, revuelta y autonomía (1830 – 1940)*, LOM, Santiago, 2004.